

Rubén Darío*



Miguel Escalada

Voy a tratar de una personalidad complicada y extraña, de un espíritu finisecular e intenso, de un *raro* que ha escrito a su vez “Los Raros”, y conquistado puesto de honor en América para su nombre, gracioso y breve como un seudónimo de poeta: Rubén Darío.

Pocos serán aquellos que lo ignoren, aunque muchos los que sin desconocer su talento, lo consideren como un extraviado de las letras, que fuera al propio tiempo *un caso* en la actual literatura americana.

Él lo sabe, como sabe también que el sufragio de los más le es adverso, y, que el camino seguido, no sólo le ha alienado multitud de simpatías, sino, lo que es más, creado irreconciliables enemigos.

Plegarse a los gustos de las mayorías es casi siempre ganarlas; contrariarlos es siempre perderlas. Rubén Darío no lo ignora, como tampoco ignora que el precio de esa moneda que se llama aplauso, se paga a veces con el incondicionalismo, a menudo con la servilidad. Felizmente el genio es un rebelde, no se esclaviza, ni se somete.

El aplauso, después de todo, puede satisfacer la vanidad de un hombre, jamás llenar la vida de un artista. Y Rubén Darío es un artista. Permitámosle que guarde un poco, frente a las recriminaciones del público, la actitud serena y fría de las estatuas que su propio talento cincela.

Hablemos de su obra artística, olvidando todo prejuicio, todo rencor, toda preocupación de banderas y de escuelas. Ella nos revelará la perfecta armonía de su espíritu, y nos hablará bien alto de su figura intelectual, hoy una de las más ricas y simpáticas de la América Latina.

Por mi parte, debo declarar que los escritos de Rubén Darío me habían siempre impresionado vivamente. Los saboreaba con cierta fruición rara, penetrado por aquel estilo, que era una armonía extraña en nuestra lengua. Aquel esteta tenía prestigio de

* *La Nación* (Buenos Aires), jueves 29 de octubre de 1896, p. 5, col. 7, p. 6, cols. 1-5. Investigación hemerográfica de Rodrigo Caresani; transcripción de Luis Salas Clocker. La reseña de Miguel Escalada no fue reeditada fuera de su publicación original. Se ha modernizado la ortografía y se corrigieron erratas evidentes.

magos en la palabra; hablaba como con una cítara en los labios. La imaginación que todo lo magnifica, le prestaba los *avatars* de sus propias creaciones.

Lo suponía yo, tan pronto un griego de la decadencia, todo pálido en su clámide, con unos bucles de oro pequeños y rizados. Tenía altiveces imponderables con los hombres, y flores de elogios, y alas de versos en los labios para las bellas, las gentiles, las soñadoras de amor. Otras, me aparecía rumboso, señorial, con cierta demencia principesca, caballero de jubones y malinas, esgrimiendo la espada con igual donaire que el madrigal galante. Sabía de Trianon, y sabía de Versailles. Su mente, evocadora por excelencia, se complacía en remontar el pasado, y vivir en el fasto de las cortes y de las fiestas.

Uno creía ver pasar de repente, princesas pálidas, cuyas cabezas se erguían en las gorgueras blancas como emergiendo del cauce de nenúfares transparentes. El amor reinaba como un tirano en el trono de sus pechos.

Otras veces imaginé que tal vez era un dandy como Brummel, un emperador bohemio como Villiers de l'Isle-Adam, o un magnífico a la manera de Glatigni, que poseía por solas riquezas, el oro de sus divinas *Fleches d'or*.

Es ese el prestigio de estos taumaturgos de la palabra: a fuerza de familiarizarse con sus héroes, de asistir a las magias de sus evocaciones esplendentes, uno concluye por identificarlos con los señores de sus leyendas y de sus historias, y hacer de ellos tipos únicos, imponderables y magníficos.

Rubén Darío poseía ese don. Había cantado en un lenguaje armonioso y raro, exhumado vocablos y gracias de estilo que nosotros desconocíamos. Había vestido, engalanado la idea como a una novia divina. Para él el idioma era un instrumento, las voces una gama musical. Había puesto a contribución de su arte, el mundo de los colores, de los sonidos, de los perfumes, el de la realidad y el de la fantasía. Todo lo exquisito, lo turbador, lo extraño.

Él no sólo decía bella y graciosamente las cosas, sino lo que era más, sugería. En sus páginas, la idea, como el choque en una superficie líquida, débil al parecer en su movimiento inicial, se expandía en círculos infinitos y extremos e iba a despertar otras, muchas otras ideas, y a repercutir miríadas de sensaciones y de secretas concordancias.

Su fantasía a la manera de un prisma descomponía, nimbaba los objetos. Él no veía como todo el mundo, veía con su temperamento que no era el de todos.

Cuando tocaba a estas cosas feas que a menudo se encuentran en la vida, lo hacía siempre con esa gracia infinita, esa delicadeza extrema con que las grandes damas suelen tocar a los utensilios de cocina.

Sin embargo y a pesar de todo, sus escritos tuvieron el don de incitar al combate. Aquella forma nueva, aquel modo de arte enarbolado en la dulce Francia por incomparables maestros como una insignia de liberación, tuvo el honor, tanto en América como en España, de inquietar en sus vainas a los viejos espadines académicos. Y se comprende. Estos nuevos estetas eran revolucionarios y eran demoledores. La gloria de sus triunfos se formaba un poco, como la corona de los conquistadores, de despojos de vencidos. Vivaqueaban en todos los campos, asaltaban todas las tiendas, iban de un confín al otro, de la extrema civilización a la extrema barbarie, de Bizancio a Grecia, de oriente a occidente. No reconocían fronteras, ni admitían límites, ni soportaban yugos. Eran despóticos y absolutos.

Innovadores audaces, rompían las viejas tradiciones del lenguaje, violaban preceptos, entronizaban vocablos, restauraban arcaísmos y levantaban nuevos templos a los nuevos dioses de su estética.

Y tenían razón, pese a sus adversarios.

El lenguaje de un pueblo no puede substraerse a la ley general del progreso y de la evolución, no puede inmovilizarse en una estratificación pretenciosa, so pena de morir de la anemia de su propia debilidad. Miremos el latín de la decadencia romana y tendremos el más significativo de los ejemplos. ¡No! Es necesario que el idioma marche, es menester que siga la carrera acelerada que le imprime la civilización y la cultura de su tiempo. Es preciso que procee a medida que la fuerza que la arrastra centuplica su marcha y que se pliegue en tanto que fonética a la vibración de vida que circula a su alrededor.

Es urgente que exprese los diversos estados del espíritu moderno y que evolucione conforme a las nuevas necesidades que la solicitan. No se concibe la paralización de una lengua sino en boca de un pueblo que se dispone a morir. El neologismo que puede ser una usurpación, es sin embargo, una conquista necesaria.

¿Qué puede importar la cuna o la filiación de un vocablo, si viene, ajustándose a la índole de la lengua, a expresar lo inexpresado, o a imprimirle simplemente la concisión, la fuerza, el vigor y el colorido reclamado?

¿Por qué hemos por otra parte de conceder carta de ciudadanía a nuevas expresiones técnicas y se las hemos de negar a aquellas que no lo son?

¡La Academia! dirán. La Academia puede o no consagrarlas, puede o no aprobarlas, ¿qué nos importa?

¡Quién le ha conferido el poder de empobrecernos, a ella, incapaz no sólo de enriquecernos, pero ni siquiera de subvenir a nuestras más apremiantes e imperativas necesidades de expresión!

¿No tenemos el caso reciente —harto ridículo por cierto— en que después de innumerables y laboriosos pujos, la severa matrona ha infantado un mestizo criollo de la más pura guaranguería y pelaje, ungiendo con el agua bautismal que la consagra castellana, a la palabra *tata*, ya ni siquiera usada por nuestros compadritos de suburbio?

¡Y hemos de seguir esperando de su docta aquiescencia!

No. La Academia puede legislar como bien lo entienda: nosotros hemos de crear y adoptar como mejor nos convenga.

Y lo que decimos respecto a la palabra, lo hemos de aplicar también al giro, a la construcción, a la sintaxis y a la forma gramatical.

La *retórica* y la *poética*, con sus reglas y sus preceptos, no han de ser un inconveniente para la creación armónica y espontánea de las nuevas obras literarias.

Los retóricos y los gramáticos, han endurecido y entiesado el idioma español, le han dado la rigidez de un caballero almidonado, en cuyos pliegues de capa se adivinara el plomo y las rigideces de la plancha.

La gracia requiere el menor esfuerzo y el menor esfuerzo en el lenguaje es la espontaneidad y la soltura. La retórica y la perfección académica lo suprime, cuanto lo sujeta a un molde y lo modela a una matriz única.

Los *nuevos* entendían no ser detenidos ni obstaculizados por las barreras normales.

Cada uno de ellos era un *yo*, realizándose en plena libertad, con sus despotismos de expresión, sus exaltaciones de temperamento, sus audacias de visión, sus complicaciones, su patología mental y sensitiva.

Eran cinco, eran diez y parecían una legión.

La resistencia los enconaba y lejos de evitar el combate, se complacían en la lucha, buscaban los enemigos, los irritaban en los dinteles de sus propias tiendas. París era el gran centro, de ahí partía el ataque; ahí se organizaba la defensa.

Al principio fue la conspiración del silencio a su alrededor; se creyó que la indiferencia daría razón de estos dementes de lo bello. Pero una trompeta misteriosa sonaba sus triunfos y el vacío con que pretendían ahogarlos se poblaba de voces de victoria. Hubo sus mártires, como hubo sus vencedores. El hospital y la miseria fue para muchos el refugio y la estación última de sus afanes: la gloria fue a irradiar así en las salas desnudas y frías de los hospitales. Ahí está para ejemplo, el pobre, el anquilótico, el pestífero padre Verlaine.

Rubén Darío, su hijo piadoso, ha oficiado en los funerales del poeta maldito. Su *Responso* es una pura y dolorosa lágrima de sangre:

«Padre y maestro mágico. Liróforo celeste
 Que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
 Diste tu acento encantador.
 ¡Panida! Pan tú mismo que coros condujiste
 Hacia el propileo sacro que amaba tu alma triste
 Al son del sistro y del tambor.»

El mausoleo que le ha erigido su cariño es divino y sencillo como el de un mártir.

«Una cruz que se eleve cubriendo el horizonte
 Y un resplandor sobre la cruz.»

II

A pesar de todo, la nueva escuela ha producido sus frutos; el suelo de Europa y aún el de América le han sido propicios. Rubén Darío en carta que nos dirigía, lo proclamaba bien alto y no sin cierto orgullo: «Somos ya Legión, decía, y contamos con 35 revistas en el continente. Bueno y malo, de *todo eso* va a salir la idea de América que Europa va a *descubrir* dentro de poco».

Su profecía se cumple. El arte finisecular tiene ya hoy sus prestes magníficos oficiando en la basílica consagrada. Los iniciados en los misterios de esta nueva Eleusis combaten como buenos, indiferentes a las iras y a las excomuniones de la Academia.

Darío marcha a la vanguardia de estos cruzados del arte nuevo en América y anuncia como un convencido su triunfo final.

La influencia del joven maestro habrá sido en verdad beneficiosa e inmensa. Las letras del continente le deberán aristocraticismos de estilo, maneras gentilicias en el noble arte de decir y en el muy noble de pensar.

Tiene hermanos de armas como los Urbach que gastan con honor blasones armoria-dos en sus escritos y discípulos como Leopoldo Lugones que conquistan la ciudad burguesa con un manajo de versos en la mano.

La obra de Rubén Darío está desparramada aquí y allá, un poco en todas partes, con una generosidad de producción sorprendente.

La prensa de su país, la nuestra misma, en la que hoy figura con honor, las diferen-tes revistas del continente, contienen infinidad de estudios, —impresiones, artículos críticos, joyas apreciadísimas de su hermoso talento.

Lo publicado en libros y folletos forma ya un bagaje de importancia. Allí andan sus *Epístolas* y *Poemas*, editados en Nicaragua con el nombre de «Primeras notas». Es una obra seria y vigorosa. La epístola a *Juan Montalvo* y la de *Erasmus a Publio* y otras no menos bellas, señalaronle puesto de elección y lo mostraron verdadero erudito en el estudio del idioma y de la poesía clásica. En esa época el joven escritor pasaba sus horas absorbido en el estudio de los grandes maestros, gracias a un puesto importante que desempeñaba en la biblioteca nacional de su país. Es quizá de ese cautiverio de empleado que surgió su pasión por los antiguos y que su rico espíritu vibró por la primera vez al cariño de las grandes liras.

En ese mismo libro se encuentran poemas de acentuado corte zorrillesco como *Alí* y el *Ala del Cuervo*, en el que se anuncia y se presiente ya el armonioso cantor de *Prosas Profanas*.

Con anterioridad había dado un poema de color político sobre la Unión de Centro América, que a no dudar recogería hoy su autor, solazándose en verle desaparecer en la grande humareda de una hoguera. Uno de esos libros escritos en los primeros hervores juveniles, que llevan el brío pero también el atolondramiento propio de la edad.

En cambio, su hermano de juventud *Abrojos* presenta a su lado un extraño contraste y nos señala un período interesante de la vida de su autor. Es la obra del niño que empieza a ser hombre, que escribe negro por contradicción a su espíritu que ve rosa, es el pesimismo tan querido como poco sincero de las primeras y rudas iniciaciones en la vida.

La desilusión, el desengaño, y ese poco de hastío que nos deja la lucha, y que los jóvenes aman mostrar a menudo con el orgullo que un guerrero enseña sus gloriosas cicatrices. Cuestión de impresionar a los demás, de mostrar palideces de alma que hagan más interesante nuestra pequeña personita.

Abrojos es sin embargo un poco Heine, un poco Campoamor y hasta Leopoldo Cano si queréis. Leopoldo Cano el de las *Saetas*. Versos sin personalidad, bonitos en su mayor parte, pero con esa belleza graciosa y un tanto indecisa de lo andrógino.

¡Quién hubiera imaginado sin embargo al Rubén Darío de *Estival* bajo estas estrofas incoloras!

«Cuando la vio pasar el pobre mozo
Y oyó que le dijeron: «es tu amada»
Lanzó una carcajada,

Pidió una copa y se bajó el embozo.
 ¡Que improvise el poeta! Y habló luego
 Del placer, del amor, de su destino.
 Y al aplaudirle la embriagada tropa,
 Se le rodó una lágrima de fuego,
 Que fue a caer al vaso cristalino.
 Después, tomó la copa
 ¡Y se bebió la lágrima y el vino!»

Son estos sus primeros pases de armas. El joven poeta se ensaya, se esgrime en el noble arte de la rima. Está recién en su período de aprendiz, y apenas si se podría augurar lo que será más tarde. Por el momento imita y algunas veces no sin cierto éxito. ¿Acaso no tiene un pronunciado sabor becqueriano la estrofa siguiente?

«¿Dar posada a un peregrino?
 Á uno di posada ayer
 Y hoy prosiguió su camino
 Llevándose a mi mujer.»

Casi, casi, estaría tentado de no citar, ni siquiera a título de recuerdo, aquella desgraciada novela *Emelina*, escrita en colaboración con un diplomático balmacedista.

Esto sí que necesitaría el perdón que sólo podría concederle las llamas de un auto-da-fé hecho en pleno medio día. Pero pasemos. Ensayos son estos, que inscriben el proceso, y señalan las evoluciones seguidas hasta completar su personalidad artística. Sólo a través de ellos se puede, como a través de capas geológicas, estudiar los sedimentos que amalgamaron ese gran todo de su espíritu.

III

El período transitorio concluye aquí. En adelante surge el poeta, el artista, el burilador.

¿Conocen Vv. ese palacio, lleno de maravillas, de estatuetas, de bibelots raros, de miniaturas graciosas, que Rubén Darío levantó con el oro de su fantasía y que se nombra *Azul*?

Ese es el castillo de sus triunfos. Ahí todo es fino, delicado, como la retreta de un sibarita. Desde el pórtico a las columnas, desde las volutas a los dombos, todo revela amoroso cuidado y preocupación de arte.

Cuando *Azul* apareció hubo un grande aplauso. Por todas partes, en América y en España, batieron palmas. D. Juan Valera lo proclamó, al mismo tiempo que Castelar y Campoamor le discernían una corona de elogios.

Darío hizo el camino de Madrid y fue a saludar en persona a los príncipes de la literatura castellana. Recuerdo haber leído las crónicas de un gran banquete que le fue ofrecido entonces. El anfitrión era Valera, autor de *Pepita Jiménez*, señor de la alta crítica en España.

Debió ser regio aquel banquete para quien conquistaba así de un golpe el aplauso de los grandes. ¡El primer éxito! ¡Cuántos hermosos recuerdos conservará el viajero, de aquella velada encantadora! Esas horas de triunfo valen bien el becerro de oro por tantos codiciado, ellas recompensan ampliamente los afanes y los insomnios, las fatigas y las humillaciones de la lucha, ellas alientan como un tónico poderoso, la ascensión lenta y dura de ese camino que conduce a la gloria.

A esa *Canción del Oro* tan celebrada en la lira de Darío responden en su lenguaje altivo, los soñadores pálidos de *El velo de la reina Mab*.

«Y bien! Heme aquí en la gran lucha de mis sueños de mármol! Yo he arrancado el bloque y tengo el cincel. Todos tenéis, los unos el oro otros la armonía, otros la luz: yo pienso en la blanca y divina Venus que muestra su desnudez bajo el plafond color de cielo.»

Y el otro: «He pintado el torso de Diana y el rostro de la Madona. He pedido a las campiñas sus colores, sus matices; he adulado a la luz como a una amada y la he abrazado como a una querida.

¡Ah! pero siempre el terrible desencanto! ¡El porvenir! Vender una Cleopatra por dos pesetas para poder almorzar.

Perdida tengo mi alma en la gran ilusión de mis sinfonías; temo todas las decepciones,» dice el otro.

«Yo escucho todas las armonías, desde la lira de Tespandro hasta las fantasías orquestales de Wagner. Mis ideales brillan en medio de mis audacias de inspirado.

Entretanto, no diviso sino la muchedumbre que befa y la celda del manicomio.»

Y el último:

«Todos bebemos en el agua clara de la fuente de Yonia. Pero el ideal flota en el azul: y para que los espíritus gocen de la luz suprema, es necesario que asciendan. Yo tengo el verso que es de miel, y el que es de oro, y el que es de hierro candente.

Yo escribiría algo inmortal; mas me abruma un porvenir de miseria y de hambre».

La reina Mab, entonces, en su carro hecho de una sola perla, tomó un velo azul, casi impalpable, como formado de suspiros o de miradas de ángeles rubios y pensativos. Y aquel velo, era el velo de los sueños, de los dulces sueños, que hacen ver la vida color de rosa. Y con él, envolvió los cuatro hombres flacos, barbudos e impertinentes.

A estos cuatro hombres que se quejaban así, les había tocado en suerte, al uno una cartera, al otro el iris, al otro el ritmo, al otro el cielo azul.

Reunidos en uno solo, estos cuatro símbolos augustos, y tendréis la musa múltiple que inspira los cantos de Darío.

¿Es esa la musa de los llamados neuróticos, pervertidos y decadentes?

¿Decadentismo es acaso línea, color, ritmo y estrofa?... ¿decadentismo es el refinamiento de todos los sentidos, de todas las percepciones de todas las gracias, es la sutilización exquisita de esa gran lira que se nombra espíritu?

«Azul» que puede ser una estatua del Parnaso por la armonía y la fuerza del contorno, es hija sin embargo de ese decadentismo moderno. Tiene todos los rasgos de la gran familia. Negar su raza sería desconocer su sangre.

Hay en ese libro tan lleno de bellezas, un cuento griego, el «*Sátiro sordo*», que bien pudiera ser una sátira ardiente. El divino Orfeo espantado de las miserias de los

hombres, huye con su tricorde lira a un bosque habitado por un Sátiro rey, que el dios Apolo ha castigado de sordera.

La alondra y el asno son los dos consejeros del monarca. Dos símbolos si queréis. El divino poeta llega tañendo inefables melodías. Pide hospitalidad. La alondra lo acoge con el saludo himnico de sus gorjeos y pide asilo para el luminoso peregrino. El asno pasta en tanto en la pradera, indiferente a las líricas armonías. Su consejo requerido, mueve negligentemente la cabeza y dice «no».

«Orfeo salió triste de la selva del Sátiro sordo y casi dispuesto a ahorcarse del primer laurel que encontrase en su camino. No se ahorcó, pero se casó con Eurídice».

La fábula es hermosa y fina en extremo. Darío flagela así con las flores de su estilo. Castigo semejante me recuerda un grabado antiguo de singular belleza.

Un tigre erizado de cólera, todo crispado, gruñe con sus grandes fauces entreabiertas. Un adolescente, casi un efebo, lo azota con un gajo de rosas sangrientas y livianas. La fiera, como dominada por su gracia, ruge echada a sus plantas y mira el gran desierto azul...

Yo no sabría decir cuál de los cuentos de ese libro me encanta más, porque cada uno de ellos revela una seducción especial, pero si necesario fuese, yo señalaría como uno de los más armoniosos, esa romanza en prosa que se titula *“A una estrella”*. Esa, es una orquestación de los países del Norte, suave y melódica que bien pudiera signarse: Heine. Es la música de la palabra, el gorjeo de la frase. Un canto de ave, en el que cada período musical concluyese con el mismo ritornelo. No me pregunten Vv. qué dice; dice cosas, como dice el lindo trino de una alondra, el buche vibrante de un ruiseñor, cosas que unos oyen y aman, y otros escuchan y desdeñan.

Yo oí decir un día a un hombre que hablaba bien y pensaba las cosas cuerdamente que: *“La muerte de la emperatriz de la China”*, otra joya del libro *Azul*, era el cuento de una muñeca, rota por una niña tonta e impertinente. Ese hombre era sincero y de veras que lo sentía así. Yo encuentro a menudo ese señor, y lo saludo con respeto porque él sabe de cosas útiles y de bellezas que yo ignoro.

Cuando nos veamos de nuevo, requeriré su opinión sobre el *Año Lírico* que forma la última parte del libro.

—Señor, le diré, ¿qué piensa V. de *Estival* y los *Sonetos áureos* de Darío?

Y me responderá: —Estival! Oh!... palabras, palabras... Unos versos *mal* medidos, los unos largos, largos, los otros cortos, cortos, y más que todo, confusos, enmarañados, imposibles. ¿Los *sonetos*? no hablemos, son tan malos!...

¡Oh! tú poeta, que imaginabas tus cantos bellos y tus estrofas límpidas y sonoras, tu lira melodiosa y grata. Ya lo oyes. Ese gran señor, que hablará así, no es el primer venido, ni es un torpe, ni es un ignorante; es un caballero ilustre, fuerte y hasta generoso. Su poder es inmenso. Figúrate! él hace reputaciones y las consagra, alza monumentos y reparte glorias.

Ese señor se llama Público. Salúdale. Si deseas que te aplauda, y que te ensalce, cortéjalo en sus gustos, adúlalo en sus inofensivas manías, sacríficale tu estilo, tu gracia, tu originalidad si necesario fuese. Él no ama los raros, ni los complicados, ni los *nuevos*. Va su pequeño *train-train* como un buen y honesto burgués y entiende que le sirvan su vieja y sabrosa sopa de antaño.

Pero, dirán algunos, no hay necesidad de eso; la gracia, la originalidad y el buen gusto, se encuentra también en los sencillos, en los accesibles, en aquellos que hablan para todos y expresan los sentimientos de todos.

Rubén Darío en cambio ¿para quién escribe, para quién habla, para él o para el público? Si para el público, su pena es perdida, no le entendemos...

¡Escribir para el público! ¡hacer literatura para todos! No se les podría acaso responder con Charles Morice: «Se *imprime* para todos aquellos que saben *físicamente* leer: no se puede *escribir* para todos, en estos tiempos modernos en que las patrias de las almas, van multiplicándose conjuntamente y cavando las fosas que las separan.»

«¡Escribir para el público! Estas palabras no tienen sentido común, puesto que no hay *un* público, y no es sino por una ficción que puede tomarse esta palabra al singular; hay públicos y los hay tantos como hay diferencias de fortunas entre los hombres, de profesiones, de herencias, de educaciones, etcétera.»

—¿Para quién, pues, escribe, se nos dirá?

—«Si los rebaños no existiesen, no dejarían por eso de florecer los prados, porque tal es su destino.

«Es ante todo por una necesidad gloriosa de cumplir su destino que los poetas escriben, para obedecer a la ley universal de la expansión natural, para merecer la vida eterna.

«Al producir su obra, una alma de poeta no hace otra cosa que describir su esencial curva radiosa, y volver a Dios, como después de todo, toda alma que da las conclusiones efectivas de las que lleva en sí las premisas. Los poetas crean, pues, para *informar* de eternidad sus ensueños».

Por lo que toca al lenguaje, cada escritor más o menos forma su lengua, selecciona su vocabulario, elige su forma propia, aquella que según su temperamento y su modo expresa más concluyentemente sus sensaciones.

Flaubert fue un revolucionario del idioma; cada idea, cada pensamiento, tuvieron en él para expresarse, un vocabulario propio y único. ¿Lo entendieron todos? ¿Le apreciaron todos?

Comparadlo por ejemplo con Sainte-Beuve que no explica, ni describe, pero que hace ver y sentir.

Sainte-Beuve, que el primero de todos incorpora la *sugestión* en el campo literario. ¿No son acaso, cada cual grande a su manera? ¿A quién se le ocurriría hoy negar el genio de Flaubert, por más fanático que fuera de Sainte-Beuve?

Pero, tanto uno como el otro, tuvieron *su* público, *sus* admiradores, sus detractores. Las mismas manos que aplaudieron a este, no aplaudieron a aquel.

Yo quiero imaginar, para mí, el *ideal* del escritor moderno, en la fusión de estos dos tipos iniciales. La novedad en la forma, en la expresión, en el colorido —Flaubert— y la fineza, el detalle, el más allá no expresado, la sugestión —Sainte-Beuve.

De esta noble fusión, surgiría el tipo *nuevo*, el artista moderno. ¿Creéis que esos dos públicos separados antes, se fundirían en uno solo, para aplaudirlo?

Jamás. No es que hagamos cuestión de escuelas, porque como alguien lo ha dicho, no hay propiamente hablando escuelas literarias, pero pura y simplemente manifestaciones individuales, sino que, el sufragio universal, de suyo ilusorio en política, sería ridículo y absurdo, buscarlo en el mundo del arte. No agreguemos esta quimera a las muchas que persiguen los poetas.

Rubén Darío, como todos los escritores sinceros lo sabe, y no sólo no persigue este sufragio, sino que tampoco lo ambiciona. En esto no habremos de ver otra cosa que la independencia de un espíritu altivo, realizándose *quand même*, en esa lucha siempre desigual de un hombre contra muchos.

Llámesele, clasifíquesele por otra parte, en cualquier escuela o grupo literario, poco importa; lo cierto es que su *Yo* artístico no podría absolutamente manifestarse en otra forma ni en otro género del que le es íntimamente peculiar.

Se es uno mismo, o no se es nadie.

Realizarse es la suprema aspiración y la suprema gloria del hombre.

Recuerdo haber visto en el *Gabinete* de Francia, un antiguo tetradragma epirota, en una de cuyas faces, se destacaba el relieve de un héroe, majestuosamente drapeado en su túnica gloriosa.

Una fisonomía adusta, de incomparable severidad y grandeza. Arriba se leían estas dos palabras: Gracia-Fuerza.

Esta breve leyenda correspondería bien, al pequeño medallón, toscamente cincelado en un exquisito esfuerzo de arte, y que en el libro "*Azul*" lleva por título

Walt Whitman

En su país de hierro vive el gran viejo
 Bello como un patriarca sereno y santo,
 Tiene en la arruga olímpica del entrecejo
 Algo que impera y vence con noble encanto.
 Su alma del infinito parece espejo;
 Son sus cansados hombros dignos del manto
 Y con arpa labrada de un roble añejo
 Como un profeta nuevo canta su canto.
 Sacerdote que alienta soplo divino,
 Anuncia en el futuro tiempo mejor.
 Dice el águila: vuela! Boga! al marino,
 Y: trabaja! al robusto trabajador.
 Así va ese poeta por su camino,
 Con su soberbio rostro de emperador!

No es, sin embargo, a través de *Azul*, que es necesario medir la figura intelectual de Rubén Darío.

Azul, no es su obra, porque no es el fruto de su madurez intelectual. Es un ensayo hermosísimo digno del más alto elogio, pero ensayo al fin.

Sus producciones posteriores, nos muestran recién el pleno medio-día del poeta. El autor de *Prosas profanas* no es el mismo de *Estival* y de los *Sonetos áureos*, así como

el niño no es el hombre. Entre uno y otro, hay la labor de diez años, el aprendizaje apasionado de su segunda juventud.

A sus ingenuidades de otros días, se agrega ahora, la gracia sobria y vigorosa del adulto. Piensa, ve, siente y expresa, con su temperamento depurado de las debilidades primeras, en el pleno ejercicio de sus facultades intelectuales.

El último pensamiento, escrito en francés, con que cierra el libro *Azul*, nos lo anuncia. Esa es la visión de sus nuevos ensueños, el miraje de sus horizontes futuros...

Les yeux à l'horizon sublime de l'Histoire,
J'étais sous un grand souffle peuplé d'illusion.
Et j'ai vu, fremissant, ta palme d'or, ô Gloire,
Et j'écouté, ô Fame, la voix de ton clairon!

Hay una composición titulada: *Era un aire suave*, que con gusto transcribiría íntegra, porque ella sintetiza, a mi modo de ver, el grande aire y la aristocracia de las nuevas rimas de Darío. Desgraciadamente es muy extensa, y debo contentarme con el horror de una mutilación dolorosa.

Con el lenguaje, las maneras y las actitudes de un nobilísimo caballero de la corte del rey Luis de Francia.

El pensamiento reviste allí, las finezas y las pompas de la época. El joven poeta madrigaliza en los jardines reales, con la galanura y el donaire con que lo hiciera un Guisa. Va desgranando las perlas de sus elogios cortesanos en los oídos de las bellas y «*aimables dames*» como diría Brantôme.

Era un aire suave de pausados giros;
El hada Harmonía ritmaba sus vuelos;
E iban frases vagas y tenues suspiros
Entre los sollozos de los violoncelos.

La parte descriptiva está hecha de mano maestra. El estilo borda, colora, anima las magnificencias de su fantasía.

El parque se puebla al poder de su evocación. Un murmullo capitoso de exaltaciones brota de todos los labios y va, mezclándose a las embriagueces de los dulces violines de Hungría, a despertar amores en los senos de corseletes inquietos y pequeños como nidos:

La marquesa Eulalia risas y desvíos
Daba a un tiempo mismo para dos rivales,
El vizconde rubio de los desafíos
El abate joven de los madrigales...

.....

¡Amoroso pájaro que trinos exhala
Bajo el ala a veces ocultando el pico:
Qué desdeñes rudos lanza bajo el ala,
Bajo el ala aleve del leve abanico!

Rubén Darío es eximio en estos florilegios encantadores de la frase. Él sabe como pocos el secreto de las armonías y de los contrastes. Para él son las dulzuras de las aliteraciones, esos repiqueteos de la misma nota que dan alas de música al verso y lo utilizan en la brevedad de un arpegio.

La careta negra se quitó la niña
Y tras el prelude de una alegre riña
Apuró mi boca vino de su viña

Vino de la viña de la loca boca,
Que hace arder el beso, que el mordisco invoca,
¡Oh los blancos dientes de la loca boca!

«Las flores caen, las aves ascienden» dice un proverbio chino. La musa de Darío participa un poco de este doble encanto; cuando desciende lo hace con la gracia de las flores; cuando remonta, con la liviandad de un ave.

Sus creaciones son a menudo símbolos, y, como tales, reclaman la gran luz del espíritu para aparecer visibles y claras. Este trabajo de investigación que importa un esfuerzo, es a su vez un prestigio.

El criterio común puede desconocerlo, pero eso no sabría apenar a Rubén Darío.

Suponed una tela en la que un cuerpo de hombre desnudo y vigoroso, se yergue con ademán vencedor. La cabeza de aquel hombre es un cráneo de buitre con largo pico y ojos fulgurantes, aureolada en la gloria de una libra esterlina que resplandece como un sol. Con la mano izquierda levanta un látigo de tres cuerdas, de las que penden tres monedas de oro. Con la derecha sostiene una cadena rematada en su extremidad en un arco de hierro que ciñe la frente estrecha de un hombre postrado que besa el suelo. Abajo esta leyenda: *Maamon y su esclavo*, firma: *Sascha Schneider*.

¿Acaso todo el mundo apreciará el símbolo que encierra el soberbio cuadro de Schneider? No. Algunos después de todo, objetarán que los hombres no tienen cabezas de buitres y que no se castiga con látigos que llevan por soterías flamantes monedas de oro.

Hay un precepto que dice: conténtate con arrancar de ti, el libro que quisieras tú mismo leer, aquel en el cual se expandiría tu alma y se complacería tu propio espíritu.

Rubén Darío se ajusta a este precepto y da el libro de su alma, aquel que sintetiza las complicaciones y las fuerzas de su espíritu.

Prosas profanas, que es la obra de un refinado, el *délassement* de un sibarita, es al mismo tiempo su propia alegría. Concebido en el placer, está hecho para el placer. No hay que buscar en él nada grave, nada profundo, nada trascendental. Es algo vago, y ligero, como los momentos de alma y de cuerpo que personifica.

El gran reproche, el reproche de siempre le será hecho: «Señor, sus versos de V. son oscuros y complicados.»

¿Pero acaso, Darío no es también un oscuro y un complicado?

¿No reside en el misterio y las nebulosidades de Darío, por otra parte, su grande y exclusivo encanto?

Las falenas que cruzan en la noche son bellas, porque tienen alas de tul y cuerpos invisibles. ¿Enclavadas en el alfiler de un estómago, qué serían?

IV

Hay quien aprecia más en Rubén Darío al prosista que al poeta.

A ellos yo les señalaría el libro *Los Raros* como su más hermoso y meditado trabajo. Serio, muy serio; tarea de pensador, de hombre grave, que tiene conciencia de sus juicios y los emite con cautela.

Bajo una amenidad de forma y de brillo a la Saint-Victor, hay un crítico, un exégeta y un analista. Cuando censura lo hace con cierta bonhomía fina que molesta más que hiera. Elogia mucho, reprende poco. Ello obedece a dos razones primordiales; a la idiosincrasia de su carácter dulce y bondadoso, y a la indiferencia perfecta que le inspira lo malo. ¡Y habla tan poco de lo malo! De ahí que la crítica de Darío sea más obsequiosa que agría y que al ocuparse de un hombre o de una obra, lo haga más en vista del elogio que de la censura. Lo bello y lo bueno sólo preocupan su espíritu.

El silencio, es después de todo un arma. Así como hay acciones que la crítica no sabría reprobar eficazmente, debe haber otras que la indiferencia castigue con su mutismo absoluto.

Yo estaría tentado de asegurar que Rubén Darío no lee sino por elección instintiva. Me explicaré.

Hay a no dudarlo una íntima revelación en el fondo de todo hombre que lee; es aquella que le dice, sin que tenga necesidad de hojear sino someramente un libro: «este es malo, este es inferior, no pierdas tu tiempo, pasa.»

Cuestión no sé de qué, presentimiento, intuición, quién sabe. Lo cierto es que esa voz existe y que rara vez nos engaña. Quizá los libros como los individuos tengan también una fisonomía propia, un gesto de simpatía peculiar que nos aleja o nos acerca a ellos.

Él debe tener de esas revelaciones misteriosas. Si yo no conociese el renombre de Rubén Darío, diría sin embargo frente al libro *Los Raros*: he ahí una obra interesante, léámosla.

Es uno de esos libros que tienen exterioridades atrayentes y delante de las cuales no se sabría pasar indiferentes.

Físicamente, si la expresión me es permitida, tiene grande *alture*, es delgado y correcto. Se presiente en él un alguien y un alguien bien. Al lado de sus compañeros de librería, muy elegantes algunos, se destaca visiblemente. Casi se parecería más, por la firma, a un eucologio sagrado que a un libro profano, si no fuera por su carátula de papel burdo, un tanto extravagante, su título en letras unciales, alineadas como los amuletos de un collar bohemio y su retrato obra del original artista Eduardo Schiaffino.

¡Cuántos no van a poner el grito en el cielo y a vociferar contra mi buen amigo y distinguido pintor!

Pues no se le ha ocurrido decapitar a Darío y presentarlo bajo la forma de una misteriosa cabeza, modelo Farbos.

¡Macabrismos! Yo veo de aquí el gesto irritado de los graves. Tal, para cual, dirán. Felizmente, señores, porque yo entiendo que todo no ha de ser posturas académicas y actitudes de salón. Después de todo, contentaos, ahí está el hombre decapitado en efigie, ya que no podemos despellejarlo en persona como a Marsias.

La fachada del libro un tanto macabra, engaña, sin embargo, sobre el interior de este templete consagrado al culto de lo bello y donde se agrupan en armónica confusión los más raros escritores de este último cuarto de siglo.

Extravagantes o demoníacos, místicos o eróticos, buenos o malvados, todos están ahí amorosamente perfilados, cada uno con su gesto propio y en la actitud moral que los caracteriza.

En su frontispicio podría grabarse sin infligir tortura a la verdad: *La Gracia a sus grandes y amados hijos* —porque todos arrancan de la madre Gracia, y todos se abrevaron en la leche de su seno maternal.

La diferencia de talla intelectual de pasiones y de gustos, la índole y el temperamento de cada uno de ellos, puede conducirlos por diversos senderos, al parecer opuestos, pero no es menos cierto que todos se reconocen a un gesto de familia, a un carácter común de estirpe: el amor a lo infinitamente bello. Todos llevan la misma fe, el mismo ardor, la misma unción profunda. ¡Qué importa al Dios Arte, el altar y la liturgia del sacrificio, si a todos inspira idéntica pasión lo bello!

En la primera página de *Los Raros*, se alza como en un cenotafio monumental, la gloria de un muerto, Leconte de Lisle, el *Vicario de Hugo*, como él le nombra en su respetuosa admiración.

Las grandes catedrales, suelen guardar así a la entrada de la nave central, el cuerpo de sus dulces arzobispos, bajo lápida blanca y limpia. A su ejemplo Darío ha depositado el del sumo sacerdote de las letras en el dintel de su basílica lírica.

El libro puesto bajo tan glorioso patronato, se hará digno de la tutela del maestro.

El título *Los Raros* induciría a muchos en error. Sería quizá lo menos feliz del libro si esta palabra fuera tomada en la acepción vulgar. Etimológicamente le correspondería más bien la de los *Extravagantes* —*extra-va-gare*— porque en realidad la mayor parte de los hombres estudiados en este libro son de aquellos que saliendo de la órbita general giran fuera del centro común a los demás escritores.

¡Curioso contraste el de esta hermosa galería de *raros*, daguerreotipados así de cuerpo entero por Rubén Darío!

De los diez y nueve que la componen, no hay ninguno que se acomode el uno al lado del otro con la holganza cómoda de individuos de la misma familia.

De Lisle, que era un olímpico, soportaba mal la vecindad de los humanos. En la Academia misma debía encontrarse violentado. Yo imagino que él hubiera amado un solio tallado con maderos rojos como pórfidos, bajo palio de telas al cinabrio, desde el cual dominase el hemicycle de los inmortales, como desde un trono. Por toda la gloria que le sobraba, él no hubiera querido jamás presidir una asamblea en que se encontrase la Srta. Rachilde y el endemoniado caballero Lautréamont.

¡Ni qué familiaridad podría tampoco establecerse entre S. M. el rey Villiers de L'Isle-Adam y el imperialista épico Georges d'Espèrance, que canta el amor de las guerras, como aquel cantara el amor de la paz en las glorias del Sol!

Y Laurent Thailhade que ama la humildad de los humildes en su labor de pan, y Hannon el histérico, y Léon Bloy el verdugo y Moréas el apolónida!

Darío los revista a todos, y va del uno al otro, auscultándolos con igual cariño, diagnosticando sus neurosis extrañas y dándoles la parte de gloria que les corresponde. *Tout savoir serez tout pardonner...* y Darío sabe de ellos, porque los ha estudiado, aún en los repliegues más recónditos de sus almas, porque los ha penetrado, los ha comprendido y sólo entonces ha podido llegar a amarlos.

Suponed una reunión de altísimos espíritus, una congregación íntima, un auditorio donde el ático De Lisle presidiera por derecho de jerarquía. A su evocación potente, surgiría la epopeya homérica con sus héroes, sus dioses, sus combates, sus magnificencias y sus triunfos. Luego la India monstruosa y delicada, Valmiki, la teogonía védica, el Ramayana, Thogorma, Argantir, Hialmar...

Después, más allá, un viejo anquilótico, de faz divina y ojos de vidente. Un viejo en cuyos labios pálidos temblara la voz de la oración y la blasfemia, el odio y el amor, la plegaria ingenua a Nuestra Señora la Virgen, recitada en «Sagesse» como en un eucologio y el himno candente de la carne y del pecado, ese sería el pobre Lelian, el humano Verlaine.

Más allá un hombre de cuerpo endeble, reposando a la sombra de un árbol genealógico como bajo un trono de gloria. Parece un monarca desterrado de sus dominios legendarios. Creía tener derechos adquiridos a la corona de Grecia. Lo han *pospuesto* por intrigas de S. M. el emperador de los franceses. Ese es el conde Matías Augusto de Villiers de l'Isle Adam. Canta no pudiendo reinar.

Contemplad esa figura siniestra y pavorosa como una máscara trágica, que agita en la mano una cuchilla sangrienta de venganzas. Tiene el delirio de la sangre. Es el verdugo: Léon Bloy. Ese talla las cabezas altas, los falsos gloriosos, los usurpadores de coronas literarias. Ese va también a las tumbas, y como las gulas roe cadáveres y se alimenta de las entrañas de sus víctimas. A veces levanta de la tierra ingrata muertos difamados, como Francisco Aquiles Bazaine, mariscal de Francia, y con la piedad de una Ifigenia los polvorea de gloria póstuma.

Y así podréis seguir, durante largo tiempo, con la mirada, grupos de soñadores y de poetas, de ingenuos y de perversos, de histéricos y morfínicos, de guerreros y de sibaritas: Moréas, Augusto de Armas, Tailhade, Hannon, Dubus, Martí, y ese rostro de asceta plácido y sereno, que se llamaba Fra Domenico Cavalca y contó la vida de los Santos y narró aventuras de hipocentauros y faunos.

No os sorprendáis tampoco de hallar en medio a tanta genialidad viril una débil y exangüe hembra humana, una poseída de Satán, virgen y casta, que blasfema, que es pura y habla del amor con la licencia audaz de una proxeneta. Pecaminosa es su lengua, pecaminosa es su mano, pecaminoso es su espíritu, pero su cuerpo tiene la albura intacta de la total abstinencia del sexo. Se nombra *Rachilde*.

Los Raros, aparte la belleza del estilo, la gracia de la concepción y la exactitud del análisis, habrá tenido el mérito de ilustrar con criterio desapasionado la historia de este fin de siglo, que marca el advenimiento de un arte nuevo, lleno de originalidad y de grandeza.

Habrá hecho crítica, y crítica alta a lo Taine, crítica inductiva, que, al propio tiempo que analiza el individuo, estudia el tiempo, la época, el medio y las condiciones generales en que se desarrolló. Lo demás es bueno para mi homónimo el pedestre Valbuena que busca ripios y se complace en *niñerías* de colegial travieso.

Alguien me ha dicho que Rubén Darío *evoluciona* —es la palabra a la moda— y que dentro de poco nos abandonará. Me cuesta creerlo. Pero aún en el supuesto que tal sucediera ¿qué extraño habría? ¿ni qué crimen podría echarse en cara?

Cada edad, es decir, cada período de la vida, tiene sus ideales, sus energías propias, sus fuerzas que gastar. Darío ha soñado, Darío ha luchado, Darío ha seguido la corriente natural de su espíritu. Nadie está obligado a amar siempre lo mismo, y la sola idea de semejante esclavitud bastaría para sublevarnos y hacérsela odiosa. La juventud exagera desmesuradamente sus vicios, como sus virtudes, ve y siente con una intensidad de fuerza que el tiempo corrige y que la vida modera. La flor al marchitarse apaga sus colores y tempera sus perfumes, el espíritu procede de igual manera. El ardor de los primeros años enciende violencias en nuestras venas y hervores en nuestro corazón. Vamos a la lucha arrastrados por un frenesí rayano en la demencia. Los obstáculos nos irritan, la resistencia nos encona. Bueno o malo queremos el triunfo, y el triunfo es tanto de la razón como de la fuerza.

Yo leía hace poco una página hermosísima de Emilio Zola, en que si no abjuraba de sus antiguas creencias estéticas, razonaba por lo menos sobre ellas. Razonar en este caso era casi desertar.

Hablaba de arte, recordando aquel período de su vida, en que, con la ebriedad propia de los 25 años, se batía como un furioso, por lo que en aquel entonces formaba su ideal. La pintura, como las letras, evolucionaban, buscando nuevos altares a su nueva fe. Manet, Monet y Pissarro eran sus amigos.

Los tres jóvenes, audaces, tan ricos de talento como pobres de renombre. Los tres innovaban. Querían luz y traían a la tela el famoso aire libre, querían verdad y ejecutaban lo que entonces se llamó las manchas, es decir, pintaban los objetos y los seres en el mismo aire que los baña y tales cuales se presentan, «*sencillas manchas a veces roídas por la luz*», querían exactitud y proclamaban la teoría de los reflejos.

Zola era su portavoz, su luchador apasionado en la prensa de París. Los tres humildes, fueron tres grandes poco después. El arte nuevo se precipitó por la inmensa brecha entreabierta y los imitadores surgieron a millares. Zola constataba el triunfo con una tristeza infinita. Le parecía imposible haberse batido por semejante causa. Y como su pudor le impedía abjurar su nombre y la obra de sus compañeros de entonces, se contentaba con renegar de los imitadores que todo lo pervertían exagerándolo. «¡Ha sido por esa pintura clara, por esas manchas, esos reflejos, esa descomposición de luz que me he batido! ¡Dios mío, qué loco estaba! ¡Ah! vanidad de las discusiones, inutilidad de las fórmulas y de las escuelas!»

Después preguntándose si su antigua y valiente defensa había sido mala exclamaba: «No, he cumplido con mi deber, he librado el buen combate. Tenía 26 años, estaba con los jóvenes y los valientes. Lo que he defendido entonces, lo defendería otra vez, pues era la audacia del momento, la bandera que se trataba de enarbolar en el territorio enemigo. Teníamos razón porque éramos el *entusiasmo y la fe*.»

Si Darío se aleja alguna vez del campo en que hoy lucha con tanta bravura podrá como el maestro de Médan exclamar: «He cumplido con mi deber, he librado el buen combate. Era joven y estaba con los jóvenes. Teníamos razón porque éramos el entusiasmo y la fe.»

Ese día no será ya joven, no tendrá ya esa espada que se llama *entusiasmo*, ni ese fuego que se llama *fe*. Su espíritu habrá evolucionado y la otra hija de ese espíritu,

será otra. Habrá entrado en el período en que los revolucionarios se convierten en conservadores y los violentos en reflexivos.

Su obra revestirá entonces la belleza serena de la madurez, tranquila, mesurada, respetuosa.

Pensará también que ha llegado el momento de *crear* y su espíritu tonificado por la lucha, fortalecido por el estudio, acrecentado por la experiencia, cuajará a su vez el fruto propio, original y perdurable; *el hijo*.

Rubén Darío me ha hecho la esplendidez, conjuntamente con Ángel Estrada, de dedicarme su libro. Mi indigencia literaria se enriquece así con el oro del maestro. Gracias. La amistad es por excelencia generosa; mira la altura del corazón, rara vez la talla del que lo lleva. Esto explicará el obsequio de Darío.

Yo no hubiese citado esa dedicatoria, si ella no encerrase algo de muy trascendental, algo así como una profesión de fe artística. A la verdad, era ya tiempo de volver a repetir el credo de la moderna escuela. Los ataques adversarios urgían respuesta. Hela ahí, mesurada y enérgica. La urbanidad de Darío extrema, en este caso, la más refinada cortesía. No pudiendo admirarlos, los respeta.

La casualidad ha querido que ese libro, sea *descubierto* al público en el día de América —12 de octubre— Fiesta por fiesta. Un mundo nuevo a la humanidad, una *América nueva* a la intelectualidad. El visionario Darío arrastrará las cadenas como el visionario Colón.

¡Del borde de las carabelas legendarias gritaban *tierra!* ¡del borde de esta lírica carabela anuncian *cielo!*

La Poesía, la Gracia y la Armonía, naves gallardas, anclan en nuestro continente. Salve!

Miguel Escalada

12 de octubre de 1896

